

FENOMENOLOGÍA DEL CUERPO FEMENINO

Olaya Fernández Guerrero
Universidad de Salamanca, España
olayafg@yahoo.es

1. Introducción: el cuerpo vivo

La reflexión filosófica se ha ocupado del cuerpo humano desde sus orígenes. Así, podemos rastrear en diferentes épocas la gran variedad de textos que, desde un enfoque médico, científico o puramente especulativo han analizado la dimensión corporal de nuestra existencia. En el ámbito filosófico, desde Platón y Aristóteles hasta Spinoza o Merleau-Ponty, son muchos los textos que toman el cuerpo humano como tema central de la reflexión teórica. En las obras de estos autores, muy dispares entre sí, se observa sin embargo un elemento recurrente: el manejo de una noción de cuerpo que omite la distinción entre lo masculino y lo femenino. Esta tematización clásica de lo corporal ha supuesto una pérdida de perspectiva sobre algunos rasgos de la experiencia que las mujeres tienen de su propia corporalidad. La teoría feminista contemporánea ha analizado esas características y las ha reubicado en el marco filosófico, que se amplía con nuevas reflexiones sobre la maternidad, la sexualidad o los vínculos con la naturaleza.

Del pensamiento filosófico acerca del cuerpo podemos extraer unos rasgos definitorios que nos servirán como punto de partida para elaborar una noción de cuerpo más amplia e integradora de la perspectiva femenina.

En primer lugar, podemos afirmar que el cuerpo es una trascendencia volcada hacia el exterior, como señalaron Merleau-Ponty¹ y los existencialistas, pero es también una trascendencia hacia el interior, en el sentido de que es lo absolutamente propio. El cuerpo se nos da como una interioridad formada por huesos, piel, vísceras y elementos químicos; todos esos componentes están cohesionados, aglutinados en ese todo unitario y de límites definidos que es el cuerpo vivo. El cuerpo es un elemento de relación de cada cual consigo mismo, es la materia finita que constituye y marca los contornos del individuo, y mediante esa materia se establece una relación privilegiada con lo que cada uno es. Ese cuerpo, caracterizado como relacionante y relacionado, como nexo entre el yo y el sí mismo y entre el yo y el mundo, no es por lo tanto una entidad abstracta, sino algo concreto: es carne que se transforma. El cuerpo nace, crece, se altera, da lugar a procesos que marcan el curso de la existencia concreta.

En tanto que somos cuerpo, percibimos los cambios que en él se producen. Desde esta perspectiva la vida es un proceso corporal. Vivir es vivir en un cuerpo que se altera con el paso del tiempo, porque la existencia descarnada no existe. No hay existencia, sino existencias, pero todas tienen en común el estar arraigadas en un cuerpo vivo. Éste se erige en coordenada básica, punto de partida absoluto que sustenta todo existir. Aquí es donde la biología entronca con la metafísica —nuestro cuerpo nos abre constitutivamente al mundo— y podemos por tanto afirmar que hay un correlato filosófico de lo biológico, basado en la idea del cuerpo vivo como lo concreto a la vez que lo universal: el cuerpo es lo radicalmente propio, lo que nos individualiza, pero el hecho de ser cuerpo es también lo común a todos los seres vivos; todos tenemos un cuerpo que es núcleo de experiencias exteriores e interiores. El cuerpo tiene un anverso y un reverso simultáneos, nos abre al mundo y a la vez se repliega sobre sí mismo, en un doble movimiento que permite que lo biológico y lo cultural se superpongan y entremezclen.

¹ M. Merleau-Ponty: *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 1975.

Asimismo, en el cuerpo confluyen lo privado y lo público: el cuerpo es lo más íntimo, lo más propio que cada individuo tiene, pero se convierte también en tema de asunto público, ya que la ley y la sociedad intervienen para salvaguardar la privacidad e integridad del cuerpo y para regular distintos aspectos relacionados con sus capacidades y actitudes: legislación contra los malos tratos, derechos del *habeas corpus*, estatalización de la sanidad. Esta regulación incluye también la prescripción de los modos en que cada cual debe vivir su propia corporalidad e identidad sexual, como desveló Foucault en su *Historia de la sexualidad*².

Lo físico existe como presencia, como carne que impone sus transformaciones y siempre se escapa a los intentos de controlarla. La carnalidad está inmersa en la corriente de lo vivo, y por tanto es imposible someterla por completo a los límites de la racionalidad. Esta experiencia del cuerpo como carne que se transforma es particularmente intensa en el caso de las mujeres, ya que sus cambios físicos tienen una irreversibilidad que acentúa esa sensación de imposición.

El cuerpo es lo inconstante, porque está sometido a continuos procesos de ordenación y reordenación, equilibrio y desequilibrio, y en ese sentido el cuerpo es algo precario. El cuerpo permanece, pero nunca es idéntico a sí mismo, porque sucesivamente varía de estado: alterna períodos de salud y enfermedad, bienestar y malestar, hambre y saciedad, cansancio y descanso, fertilidad y esterilidad, juventud y vejez. Así, el cuerpo es lo fijo, es anclaje de la existencia, y también es lo variable, continuamente sujeto a cambios.

Aceptar estos vaivenes de lo físico supone aceptar la existencia tal y como ésta se plantea. La vida es cambio, desde el punto de vista interno pero también externo, porque el sujeto siempre está, más que "en situación", "en situaciones" que son diferentes cada vez. El hecho de existir instala al ser humano en la variación, y por ello resulta interesante la noción

² M. Foucault, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Sigloveintiuno, 1993. (3 vols.). Además de Foucault, otros autores posteriores como Agamben, Negri o Judith Butler se han referido a la cuestión del "biopoder", término que hace referencia al control de los cuerpos ejercido por el Estado y las instituciones.

de “diferencia”, muy presente en buena parte del feminismo contemporáneo.

En consonancia con Spinoza, Nietzsche, Derrida o Deleuze, esta corriente de pensamiento suscribe la tesis de que lo diferente, lo heterogéneo, forma parte del mundo, pero también está presente constitutivamente en cada ser vivo, porque el propio cuerpo se define como entidad cambiante, unidad diferente de todos los demás cuerpos pero también diferente a sí misma en cada instante. En definitiva, la existencia es diferencia.

2. Dimensiones filosóficas del cuerpo femenino

Nacer es situarse en el mundo como mujer o como hombre, implica estar dotado de una individualidad sexuada desde la que se articulan las vivencias. La relación individuo-mundo se establece a partir del propio cuerpo y por ello es pertinente, en una teoría sobre lo corporal, el rasgo de ser hombre o ser mujer. Cuando nace un ser humano su identidad corporal sexual está poco definida, y a través del proceso de desarrollo físico —y también de los distintos procesos de educación y socialización a los que se somete a los niños y niñas— el cuerpo adquiere características que permiten identificarlo como masculino o femenino.

a) La menstruación como experiencia de la discontinuidad

Desde el punto de vista de la vivencia del cuerpo, las niñas experimentan unos cambios fisiológicos durante la pubertad que las distancian de los niños. La aparición de la menstruación, en torno a los doce años, introduce un cambio irreversible en la vida de las mujeres, que comienzan a partir de ese momento a convivir con un trastorno crónico que estará presente en su existencia durante buena parte de su vida.

Simone de Beauvoir fue la primera en llamar la atención sobre el hecho de que tanto el proceso de desarrollo físico como la llegada de la menstruación son vividas por la niña con miedo e incertidumbre, porque se trata de transformaciones que se suceden muy rápidamente cuando la niña es aún pequeña y, aunque sepa de antemano lo que va a sucederle durante la pubertad, siempre hay algo misterioso en estos acontecimientos físicos, algo

que escapa a la autopercepción que la niña tiene de su corporalidad. Las adolescentes advierten los rápidos cambios en su cuerpo y muchas veces los viven con angustia e, incluso, con asco³. Beauvoir atribuye ese rechazo a una cuestión cultural, e indica que la repugnancia que las jovencitas sienten hacia su propio cuerpo cambiante se debe a que viven su transformación física como un preludio de su destino de mujer, que las relegará al ámbito doméstico. La joven pierde confianza en su propio cuerpo, que se le plantea como presencia impuesta, como carga de carne que lastra su ser, y acaba por perder la confianza en sí misma. La menstruación vincula a las mujeres a la carnalidad más explícita, nos recuerda nuestra condición de cuerpo material, que produce y almacena elementos que luego son desechados y expulsados. Todos esos fluidos son considerados abyectos en nuestra cultura, basada en la higiene y la desodorización y, en términos más amplios, en la primacía de la idea sobre la materia, del pensamiento sobre el cuerpo⁴.

Desde una perspectiva existencial, la menstruación introduce la primera discontinuidad en la existencia femenina: marca un antes y un después, señalando el inicio de la vida fértil de las mujeres. La menstruación es vivida por las mujeres de un modo ambivalente, y la actitud hacia ella se modifica paralelamente a los cambios vitales que se producen en la existencia femenina. Tras una actitud inicial de rechazo, propia de la temprana edad en que aparecen las primeras menstruaciones, el comienzo de la vida sexual provoca un cambio de actitud hacia la menstruación, ya que ésta es el aviso de que no se ha producido un embarazo no deseado. A lo largo de su vida adulta, las mujeres se acostumbran a convivir con la menstruación, y en la etapa de madurez es frecuente la sensación de nostalgia por la desaparición de la menstruación, que marca el final de la fertilidad y da paso a importantes cambios en los cuerpos de las mujeres.

³ S. de Beauvoir, *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2002.

⁴ En esta línea argumental se articula la crítica que Agnes Heller y Ferenc Fehér hacen a la Modernidad: ésta no ha cumplido su promesa de liberar el cuerpo, sino que se ha basado en el sometimiento y supresión de lo físico, ocultado en aras de la higiene y la ética. Vid. Heller y Fehér, *Biopolítica. La Modernidad y la liberación del cuerpo*, Barcelona, Península, 1995, pp. 17 y 18. En la misma línea, el feminismo realiza una crítica al modelo occidental dominante de racionalidad, en el que percibe un "olvido del cuerpo".

Desde el punto de vista de la corporalidad, uno de los rasgos más llamativos de la experiencia física de la menstruación es que ésta integra en sí misma la dicotomía cuerpo sano/cuerpo enfermo: su aparición es molesta y a veces dolorosa, pero su ausencia o su irregularidad también preocupan, porque son indicio de que existe una alteración en el organismo: un embarazo, un déficit alimentario o alguna enfermedad.

b) *La maternidad como experiencia interna de la alteridad*

Uno de los rasgos biológicos fundamentales que caracterizan a las mujeres es la posibilidad de la maternidad. Desde un punto de vista filosófico, interesa resaltar las implicaciones de la maternidad como vivencia interna de la diferencia. El cuerpo femenino tiene la posibilidad de ser gestante, de crear múltiples vidas a partir de su unidad. En este sentido, en el cuerpo de la mujer embarazada se reconcilian lo singular y lo plural. Además, esa multiplicidad a que da lugar el cuerpo femenino es tan amplia que abarca a individuos de ambos sexos: las mujeres engendran por igual hijos e hijas, varones y hembras; su cuerpo se convierte así en metáfora de la tolerancia, ya que es capaz de hacer crecer en su seno a otro distinto sin que ello suponga un riesgo para la salud de alguno de los dos.

La tesis fenomenológica del cuerpo como apertura, desplegada por Merleau-Ponty, alcanza en el cuerpo gestante uno de sus modelos paradigmáticos. La estructura biológica femenina constituye al sujeto femenino como potencialmente abierto a lo otro, a lo diferente que tiene cabida en la más pura interioridad del cuerpo de la mujer, dentro de su carne y de su piel.

c) *La maternidad como génesis de la espacialidad y temporalidad del ser humano*

Mediante la maternidad, la mujer crea en el interior de su cuerpo un mundo compartido con el hijo o hija, un espacio que es completamente interior para la mujer, pero que es percibido por el feto como interioridad y exterioridad al mismo tiempo. El feto se encuentra dentro del cuerpo de su

madre, y en la medida en que ese cuerpo se amolda a su crecimiento, el cuerpo materno es experimentado como algo próximo, entidad en la que el feto arraiga. Pero además, el cuerpo de la madre comunica al feto con un mundo externo, del que percibe sonidos, vibraciones y sensaciones. El interior de la madre es el primer exterior que el ser humano conoce, es un espacio que el feto experimenta a la vez como lo completamente propio y lo completamente otro, lo que está fuera de él. En la misma medida, la mujer gestante percibe los cambios de su cuerpo como algo propio, porque sucede en su interior, pero también como algo ajeno, porque sabe que esos cambios son causados por la presencia de otro ser en sus entrañas.

Además de constituir un espacio, el cuerpo femenino define un tiempo para los hijos, en el sentido de que inscribe a cada ser humano en un momento concreto, en una época histórica y en un lugar determinado. Así, a la propia estructura temporal de la gestación, que dura unos nueve meses y da lugar a un desarrollo pautado del feto, se suma la estructura temporal del individuo que va constituyéndose como tal en el seno materno.

La maternidad es un modo único de experiencia en la que el propio cuerpo se convierte en creador de materia, es capaz de originar a partir de sí mismo otro cuerpo diferente a todos los demás, otro cuerpo que es único y que sólo puede desarrollarse y crecer al abrigo del seno materno. En el cuerpo gestante los límites de la distinción entre lo uno y lo múltiple se difuminan, ya que la madre forma un todo con el feto, los dos están unidos en un estrecho vínculo que los transforma a ambos. Esta heterogeneidad del cuerpo gestante, en la que el sí mismo y lo otro se reconcilian, es de carácter cíclico, se repite desde el inicio de la especie, ya que cada pareja que se reproduce crea nuevos individuos capaces a su vez de reproducirse.

En el cuerpo maternal se incardinan lo concreto y lo abstracto, el individuo y la especie. La gestación vincula estrechamente a los individuos que intervienen en ella, y por ello es algo concreto, que afecta directamente a una mujer y a otro ser que se forma dentro del cuerpo de ésta, y que no puede sobrevivir si no permanece en ese espacio interior femenino, en esa cavidad que se ha adaptado evolutivamente para albergar a otro ser huma-

no. Pero el hecho de que la evolución haya permitido a la especie humana este modelo reproductivo hace que la gestación trascienda los límites de lo individual para dejar que se manifieste en ella lo universal. Y es que en cada acto procreador concreto está presente lo global, el destino de toda la especie humana que depende de que sigan naciendo nuevos individuos, de que las mujeres decidan poner en práctica su posibilidad de gestar.

Cuando esta posibilidad se actualiza la mujer amplía los límites de su propia temporalidad y espacialidad y perpetúa, a través de esa otra vida creada a partir de la suya propia, la existencia de la especie. La reproducción es el modo de dar continuidad a la vida más allá de los límites de la existencia individual; se trata de la vida *sub specie aeternitatis*, la vida como apertura hacia el futuro que se vislumbra en cada acto de gestación, en cada nacimiento de un ser concreto que podrá a su vez dar lugar a otras vidas. En la medida en que el cuerpo femenino posibilita este encadenamiento del existir la mujer participa de lo intemporal, del hiato en que el tiempo queda suspendido, anulado por la corriente de la vida que se regenera y se multiplica, que se resiste a la finitud humana.

d) *La maternidad como experiencia limitada en el tiempo*

Estas posibilidades existenciales inscritas en la maternidad no están siempre y en todo momento al alcance de las mujeres, sino que éstas están sujetas a ritmos biológicos ligados a la corporalidad en los que se alternan periodos de fertilidad e infertilidad (en condiciones normales de salud, la mujer comienza a ser fértil en torno a los doce años y deja de serlo hacia los cincuenta). Paradójicamente, la opción de participar de lo intemporal sólo es accesible para la mujer durante un tiempo limitado de su existencia. Del mismo modo en que aparece, la menstruación se retira, y da paso a un proceso de envejecimiento que siempre es vivido como un declive, una pérdida paulatina de las cualidades propias de la juventud.

La menopausia marca un tiempo distinto en la vida de las mujeres, al sujetarlas a un nuevo equilibrio que deja de estar marcado por las menstruaciones mensuales. Nuevos procesos, como la alteración de los ritmos

hormonales o los cambios en la fisonomía corporal, generan importantes cambios en la vida de las mujeres. Durante los años fértiles, el ciclo ovárico es el que marca el ritmo de la existencia. Este ritmo de ciclo largo, con una duración de cuatro semanas, es sustituido por un ritmo hormonal con pautas diarias y que se organiza en torno a las horas de sueño y vigilia: mientras dormimos nuestro organismo genera un tipo de hormonas diferente al que segrega en los momentos diurnos.

3. A modo de conclusión: cuerpo y trascendencia

Partiendo de todas estas consideraciones sobre la corporalidad femenina y de una conceptualización de la diferencia basada en la heterogeneidad y el pluralismo, se pueden proponer nuevos modelos de trascendencia articulados en torno a dos movimientos complementarios: el movimiento hacia lo interno, eso único que nos individualiza, y la apertura hacia lo externo, que descansa en la predisposición de cada ser humano a la relación con lo Otro. Vivir el propio cuerpo como plenitud y sin tabúes es también un modo de trascendencia, tan válido desde el punto de vista de la ética como otros modelos de trascendencia orientados hacia lo externo (como el que propone Simone de Beauvoir).

Por otra parte, la noción de cuerpo proporciona nuevos modos de entender la categoría existencialista de proyecto. Si la existencia arraiga en el cuerpo, todo proyecto parte de él y se asienta en él: el ser humano no podrá llevar a cabo ningún proyecto que su propia constitución biológica le impida realizar. Desde el punto de vista del proyecto, una de las tareas más ambiciosas que puede llevar a cabo un ser humano es la de dar vida a otro ser humano. La maternidad y paternidad constituye un compromiso vital de gran magnitud y plantea a los sujetos que se reproducen un modelo de trascendencia basado en la supervivencia de uno mismo a través de otros que llevan sus mismos genes. De este modo, el instinto de reproducción presente en todos los seres vivos adquiere en el ser humano una dimensión de libertad que hace de la procreación una decisión que trasciende lo individual y que tiene amplias repercusiones colectivas. La procreación está car-

gada de significados sociales, culturales y ecológicos, en tanto que repercute en la sociedad, en el Estado, en el planeta y en la especie.

El feminismo revisa los distintos significados, expectativas y roles asignados a los cuerpos de las mujeres que median en el modo en que las mujeres se experimentan a sí mismas y perciben su corporalidad, y las reflexiones filosóficas sobre el cuerpo se enriquecen con estas nuevas perspectivas basadas en una aproximación dinámica, creativa y productiva a la corporalidad.

Referencias bibliográficas

- AMORÓS, Celia (ed^a.), *Feminismo y filosofía*, Madrid, Síntesis, 2000.
- BEAUVOIR, Simone De, *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2002.
- BIRKE, Lynda, *Women, feminism and biology*, Brighton, Wheatsheaf Books Ltd., 1986.
- BRAIDOTTI, Rosi, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal, 2005.
- BUTLER, Judith, *Gender trouble, Feminism and the subversion of identity*, Nueva York, Routledge, 1990.
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Sigloveintiuno, 1993.
- HELLER, Agnes / FÉHER, Ferenc, *Biopolítica. La Modernidad y la liberación del cuerpo*, Barcelona, Península, 1995.
- IRIGARAY, Luce, *Yo, tú, nosotras*, Madrid, Cátedra, 1992.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La tercera mujer*, Barcelona, Anagrama, 1999.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 1975.
- NIETZSCHE, Friedrich, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1997.
- , *Ecce homo*, Madrid, Alianza, 1998.
- PINKER, Steven, *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós, 2003.
- RIVIÈRE, Margarita / COMINGES, Clara De, *El tabú. Madre e hija frente a la regla*, Barcelona, Planeta, 2001.
- ROUCH, Dorlin et al., *Le corps, entre sexe et genre*, Paris, L' Harmattan, 2005.
- RUDDICK, Sara, *Maternal thinking. Towards a Politics of Peace*, Londres, The Women's Press, Wordsworth Ltd., 1990.
- SARTRE, Jean-Paul, *El existencialismo es un humanismo*, Barcelona, Edhasa, 1999.
- TAURELLE, R. / TAMBORINI, A., *La menopausia*, Barcelona, Masson, 1991.
- VV. AA., *El embarazo y el parto*, Barcelona, Salvat, 1999.
- VALCÁRCEL, Amelia, *Sexo y filosofía. Sobre mujer y poder*, Barcelona, Anthropos, 1991.